

The background is a vibrant teal color, decorated with delicate watercolor illustrations of various green leaves and thin branches, scattered across the surface. The leaves vary in shape and size, some showing detailed vein patterns.

ABBIE HALBERSTADT

M
de Mamá

CÓMO SER UNA MADRE
EXCELENTE EN CRISTO

ABBIE HALBERSTADT

M

de Mamá

CÓMO SER UNA MADRE
EXCELENTE EN CRISTO



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de Editorial Portavoz consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

M IS FOR MAMA

Copyright © 2022 Abbie Halberstadt
Published by Harvest House Publishers
Eugene, Oregon 97408
www.harvesthousepublishers.com

Edición en castellano: *M de Mamá* © 2024 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL, © 1999, 2015 por Biblica, Inc.* Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “rva-2015” ha sido tomado de la Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5061-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-7198-8 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7258-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 33 32 31 30 29 28 27 26 25 24

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*



*Para Alby,
porque siempre creíste
que podía hacerlo.
Eres mi favorita. Lo digo en serio.*



La familia Halberstadt

Shaun y Abbie

Ezra (16)
Simon (14)
Della (11)
Evy y Nola (9)

Theo (7)
Honor (5)
Shiloh (3)
Titus y Tobias (1)



CONTENIDO

Introducción.....	7
1. La cultura de las madres mediocres.....	11
2. No hay dos buenas mamás iguales.....	23
3. “¿Y qué de este?... Sígueme tú”.....	35
4. ¿Qué es lo que espera de ti el Señor?	47
5. El cuidado personal frente al cuidado del alma	59
6. Cuando somos culpables de la culpa de las madres	73
7. La profesión de madre.....	85
8. Madres que confían en el Señor.....	99
9. El reto de la amabilidad.....	111
10. Instruyamos a nuestros hijos en el camino que deben seguir	127
11. El sistema de recompensas.....	143
12. Campamento de entrenamiento para padres.....	155

13. Fomentemos la paz en nuestro hogar	167
14. Somos las guardianas.....	181
15. La educación sexual.....	197
16. No tienes por qué hacerlo todo	211
17. Las emociones no son nuestra verdad.....	225
Reconocimientos	237
Notas	238
Acerca de la autora	239



INTRODUCCIÓN

Si tienes dos cromosomas X, puedes ser madre. El requisito es tan sencillo que el 50% de la población mundial pasa la prueba de calificación antes de haber respirado fuera del vientre de su madre.

No obstante, la capacidad física para tener hijos no ayuda a mitigar la punzada de pánico que sienten casi todas las madres primerizas cuando les entregan a su pequeño bebé que llora para que se lo lleven a casa apenas unas horas después de haber sido expulsado de su cuerpo. Sujetamos su pequeño cuerpo, con sus frágiles brazos que parecen dos ramitas, a un artefacto de plástico y espuma, y nos preguntamos si debería ser legal conceder a alguien con tan poca experiencia la magna tarea de criar a otra persona desde su nacimiento hasta la edad adulta.

Piénsalo. La gente estudia durante años para llegar a ser higienista dental. Y, sin embargo, está bien que se nos otorgue plena responsabilidad de un ser humano de carne y hueso sin ningún tipo de lecturas obligatorias, certificación, título o curso intensivo.

Y ahí radica el misterio de ser madre.

Se espera que simplemente “sepamos qué hacer”, que “nos dejemos llevar por nuestros instintos”. Todo de forma natural. Esa oleada de intenso amor maternal, que experimentamos cuando miramos por primera vez a nuestro recién nacido, cubre multitud de pecados, ¿verdad?

Pues sí, y no.

Porque por muy unidas (o no) que nos sintamos a nuestro bebé, lo cierto es que el instinto sirve de poco a la hora de combatir

el reflujo silencioso o calmar a un bebé que se niega a prenderse al pecho o a tomar el biberón. ¿Y cómo convencer a la dulce niñita, que cree que es divertidísimo despertarse a las tres de la madrugada para acariciarte la cara y jugar, de que es mejor que duerma?

Y luego está el hecho de que solo son bebés durante un abrir y cerrar de ojos antes que, de repente, caminen y hablen y expresen opiniones como “¡Uff!”, “¡No!” y “¡Basta!”.

Y, una vez más, el juego ha cambiado y enfrentas una serie totalmente nueva de dificultades y alegrías.

Como madre de muchos niños de todas las edades, desde bebés hasta adolescentes, puedo asegurarte que el juego nunca deja de cambiar. Al menos, no en sus particularidades. Siempre habrá alguna nueva dificultad que enfrentar, *ese hijo* que rompe el molde por completo.

Sin embargo, creo firmemente que la Biblia nos ha dado principios claros a seguir en nuestra vida, que pueden hacer que la tarea descomunal de una madre sea mucho menos intimidante y solitaria. Si Eva, Rut, Raquel, Elisabet, María y millones de mujeres más fueron capaces de salir adelante por la gracia de Dios en la complicada tarea de ser madres, nosotras también podemos.

No obstante, debemos estar dispuestas a prestar atención a las palabras de Proverbios 4:6-7: “No la dejes, y ella te guardará; ámala, y te conservará. Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría; y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia”. Oseas 4:6 lo expresa de forma aún más drástica cuando señala: “Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento”. Puede que el mundo no exija oficialmente un título para ser madre, pero cuando desempeñamos esta función con la misma diligencia con que lo haríamos en cualquier otra profesión en la que nos queremos destacar, aumentamos exponencialmente la probabilidad de que no solo sobrevivamos, sino que también prosperemos en un hogar donde reine la paz y no el caos.

¿Y dónde encontraremos esta sabiduría que vale realmente la pena? En Job 12:12 leemos: “En los ancianos está la ciencia, y en la larga edad la inteligencia”. Mi fuente predilecta de conocimientos prácticos para madres son esas mujeres piadosas que me han precedido y han puesto a pruebas tantas situaciones diferentes con sus propios hijos. Mi propia madre, que nos



crio a mi hermano y a mí. Una preciosa amiga y madre de doce hijos, casi veinte años mayor que yo. Otra sabia madre de tres hijos, que es unos años mayor que yo. Sally Clarkson. Elisabeth Elliot. Ruth Bell Graham.

Todas estas mujeres tienen una cantidad de hijos diferente, y distintas filosofías, personalidades y preferencias como madres. Sin embargo, tienen, al menos, una cosa en común que quiero imitar, algo que toda madre piadosa debería tener: el deseo de “[comportarse] como es digno del evangelio... y en nada [intimidadas] por los que se oponen” (Filipenses 1:27-28). Esto último es tan importante como lo primero porque, en una cultura en que las mujeres celebran cada noche el “haber sobrevivido un día más a sus hijos”, habrá muchas que se opongan a la perspectiva de que, con la fortaleza de Cristo, las madres podemos hacer más que sobrevivir.

Y no solo eso, sino que habrá muchas a las que les moleste la perspectiva de la madre que no se centra en las dificultades y la pérdida de “tiempo para mí”, sino en los abundantes momentos preciosos de alegría y plenitud que se destacan en medio del panorama cotidiano de la preparación del almuerzo, el entrenamiento para dejar los pañales y la conducta insolente. A veces simplemente necesitamos a alguien que nos recuerde lo impresionante y genial que es ser madres.

Y ahí es donde entro yo. Aún no he cumplido los cuarenta, así que no me considero de “larga edad”, pero soy madre de diez hijos. Y me ofrezco voluntariamente para ser tu animadora, tu entrenadora, tu amiga y tu compañera de viaje; pues como dijo el apóstol Pablo, parafraseando, “a todas las madres me he hecho de todo”. Porque, aunque todavía no tengo todo resuelto y tampoco soy una experta en todo lo que concierne a la función de madre, he tenido suficiente práctica de algunos de los sabios principios bíblicos que he aprendido de las mujeres que mencioné anteriormente (y de otras) para tener una idea bastante buena de algunas estrategias que son útiles para todas las mamás. Porque es “una verdad universalmente conocida: que un niño con una naturaleza pecaminosa necesita una mamá que ame y busque al Señor”. (Lo siento, Jane Austen. Tenía que mencionarlo).



1

LA CULTURA DE LAS MADRES MEDIOCRES

**Examinemos las actitudes que nos
impiden ser madres excelentes en Cristo**

Tengo la sensación de que la frase “madres mediocres” tendrá un efecto polarizador entre las lectoras. Un cierto porcentaje se identificará inmediatamente con esta expresión, al suponer que sabe exactamente a qué me refiero. Puede que tengan razón o puede que no. Otro grupo podría tomar este libro y hojearlo por pura curiosidad. ¿Qué querrá decir esta loca con tantos hijos al referirse a cualquier madre como “mediocre”? Y el último grupo de lectoras probablemente tome este libro con la intención expresa de utilizarlo como leña para el fuego, sin siquiera haberlo leído. ¿Cómo me *atrevo* a insinuar que cualquier madre podría ser menos que una brillante diosa guerrera? Al fin y al cabo, hemos *dado a luz o atravesado el fuego por nuestros hijos*.

Somos madres. ¡Oigan nuestro *clamor!*

Estoy segura de que he pasado por alto alguna que otra reacción, incluida la de indiferencia absoluta, pero estas son las tres posibilidades más frecuentes que me vienen a la mente, y por eso me siento obligada a explicar claramente lo quiero decir con una frase tan despectiva.

No obstante, primero veamos qué dice el diccionario Merriam-Webster sobre la palabra “mediocre”. Describe a alguien

o algo como “de calidad, valor, habilidad o desempeño bajo o moderado: ordinario, regular”.

¡Ay!, duele, ¿verdad?

No es un estado al que un ser humano quiera aspirar. O, al menos, ninguno *debería* desearlo. Y, sin embargo, es un estado hacia el que puedo deslizarme con demasiada facilidad y hacia el que parece gravitar nuestra actual cultura maternal.

En palabras del inimitable Íñigo Montoya de *La princesa prometida*: “Te lo explicaré”.

Por qué sentirte identificada con algo no significa que eso sea confiable

Mi blog requiere que pase tiempo en las redes sociales y que interactúe principalmente con otras madres. Y, como seguramente sabe cualquiera que haya pasado dos minutos en Facebook o Instagram, las redes sociales están llenas de memes. Sobre todo, memes sobre las madres.

Uno en particular me ha calado hondo durante años. Dice más o menos así:

Dios: ¿Cómo crees que te va como madre?

Yo: Bueno, les he dado de comer pizza a mis hijos casi todas las noches de esta semana, y sé que debería leerles, pero no me gusta, así que a menudo no lo hago. Llevo puesta la misma ropa hace tres días y no recuerdo la última vez que me lavé el pelo. Me gustan nuestras charlas durante la cena, pero estoy muy preocupada, así que la mayor parte del tiempo pienso en cosas que me estresan en lugar de escuchar de verdad cuando mi hija me cuenta su día, y creo que ella se da cuenta. La mayoría de los días estoy demasiado agotada por la tarde para hacer otra cosa que no sea ver Netflix mientras me tomo un par de copas de vino, y después me acuesto demasiado tarde, así que cuando me despierto por la mañana para volver a hacer todo otra vez, reacciono de manera gruñona con mis hijos.

Dios: ¿Pero los amas?



Yo: Con todo mi corazón.

Dios: Me pareces una madre maravillosa.

Dejemos de lado la ficticia “conversación con Dios” de este meme y examinémoslo más en detalle, ¿de acuerdo?

Algunas cosas no me importan en absoluto (puede que tú pienses lo contrario). En primer lugar, tu ropa de tres días. Si no hueles mal y no te has encontrado con la misma persona todos los días (ya sabes, aparte de tus hijos y tu marido), probablemente puedas darte ese permiso. Dios sabe que me he puesto el mismo top y los mismos vaqueros (y los mismos pantalones de pijama y la misma camiseta) un par de días seguidos porque no estaban tan sucios como para echarlos a la cesta de la ropa sucia. Además, en cuanto a lo del pelo sin lavar, como alguien con cabello rizado que se lo lava una vez a la semana *como mucho*, no te estoy lanzando ninguna indirecta. A menos que tengas la cabeza grasienta, en cuyo caso, chica, lávate el pelo.

Las cosas empiezan a ponerse un poco feas para mí con el asunto de darles de comer pizza repetidas veces. Y no porque no me guste una buena pizza de vez en cuando. Tampoco soy una fanática de lo orgánico, los corazones de cáñamo o la kombucha (aunque las tres cosas pueden ser excelentes opciones de vida); pero creo que nosotras, como las que brindamos el sustento, deberíamos hacer un esfuerzo en este sentido. La salud de nuestros hijos es un asunto importante, y una dieta constante de pizza (o *nuggets* de pollo o macarrones con queso de caja) no les ofrece los nutrientes que sus cuerpos y cerebros necesitan para crecer sanos.

A partir de este punto, el meme deja de tener sentido para mí. Y *no* es porque no me sienta identificada con el hecho de no disfrutar especialmente de ciertas actividades con mis hijos, de preocuparme demasiado, de escuchar demasiado poco a mis hijos o de no querer hacer nada más que vegetar en el sofá todas las noches.

Porque sí me siento identificada.

Creo que todas esas son respuestas escapistas perfectamente normales al agobio que pueden causar las labores de una madre. Y son las primeras puertas que mi cuerpo cansado quiere cruzar cuando me dan la opción de elegir. Sin embargo, esta es la cuestión: solo porque me sienta identificada con algo no significa que no sea mediocre.





*Solo porque me sienta identificada
con algo no significa que no sea mediocre.*

En realidad, el hecho de sentirnos identificadas con algo puede ir mucho más allá de la mediocridad y caer en la mezquindad más absoluta. Otro meme que encontré decía algo parecido a esto: “No eres una madre de verdad a menos que hoy le hayas enseñado el dedo medio a tu hijo de tres años a sus espaldas”. En virtud de los cientos de respuestas afirmativas y entusiastas, no pude evitar llegar a la conclusión de que se trataba de un sentimiento muy familiar para el público de este foro (que, probablemente, estaba compuesto de madres de al menos un niño de tres años).

El caso es que hasta ahora he criado a ocho niños de tres años y, aunque “enseñarles el dedo medio” no es algo que haría, no puedo negar la ira pecaminosa que me ha invadido a veces por las acciones de un pequeño ser humano que hace poco ha dejado de usar pañales.

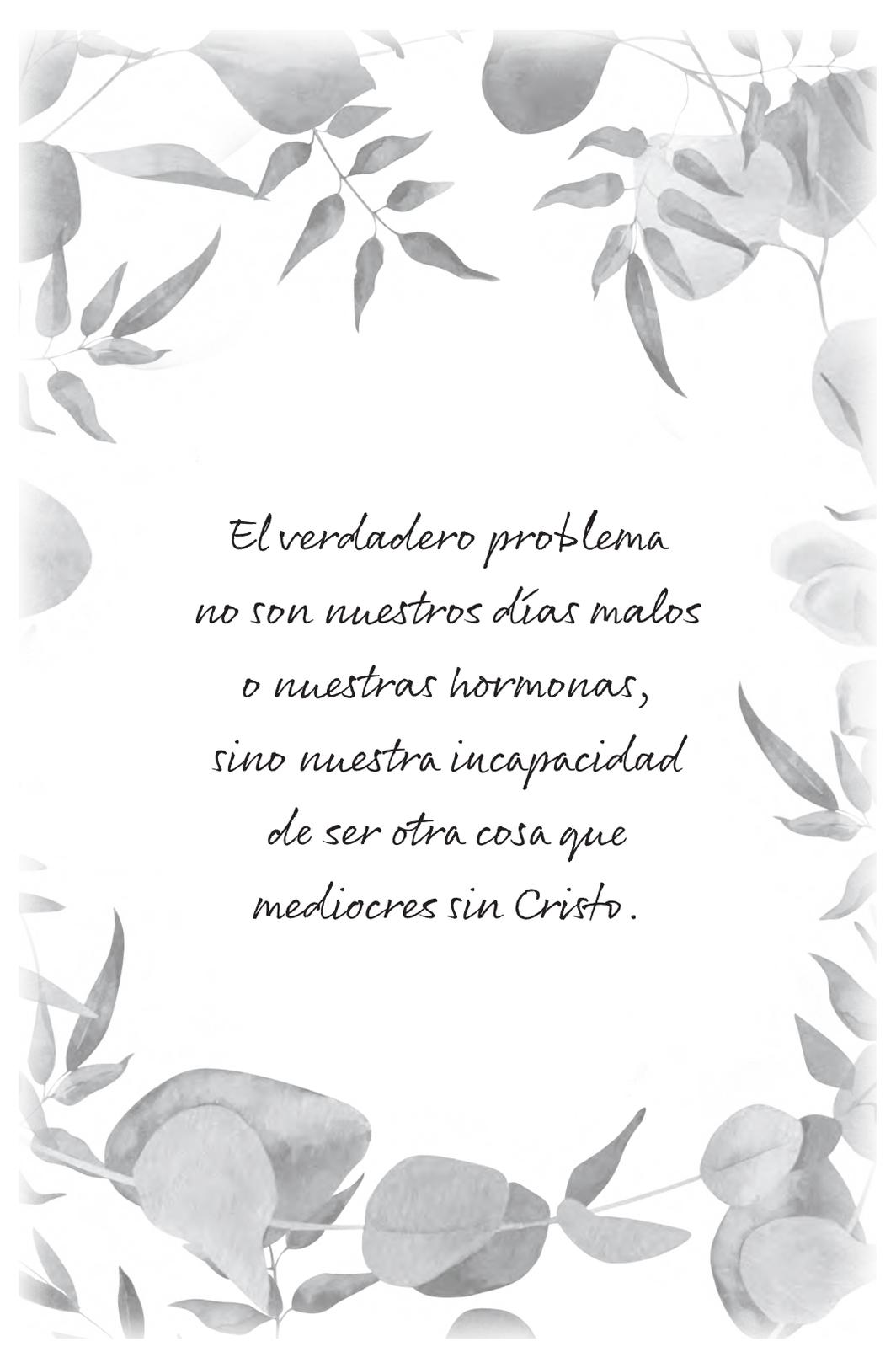
Es ridículo (quiero decir, nosotras somos las personas adultas en esta escena), pero también nos resulta familiar. Por eso creo que debo repetirlo: Aunque a veces sea útil, sentirse identificada no es la regla de oro para las madres.

Y el mismo hecho de que nos podamos identificar es, con demasiada frecuencia, la raíz podrida del argumento que dice: “Si tantas madres también se sienten así, debe ser correcto y verdadero”.

Gracias a Dios tenemos su Santa Palabra, la Biblia, para combatir este tipo de razonamientos. El mismo Pablo, el “superapóstol”, señala: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:18-19).

¡Cuánto me identifico con eso! (¿Cuántas veces me he lamentado mentalmente de mi incapacidad para resistirme a ese panecillo de canela o a ese bol de helado que *sé* que en realidad no necesito?) Solo me salva una base sólida de verdad. El primer meme que mencioné expresa una especie de desilusión (casi un deseo de que la madre de la escena *podiera* ser mejor madre) y luego termina con un gesto de conformismo (y un “pues, está bien” de Dios) que





*El verdadero problema
no son nuestros días malos
o nuestras hormonas,
sino nuestra incapacidad
de ser otra cosa que
mediocres sin Cristo.*

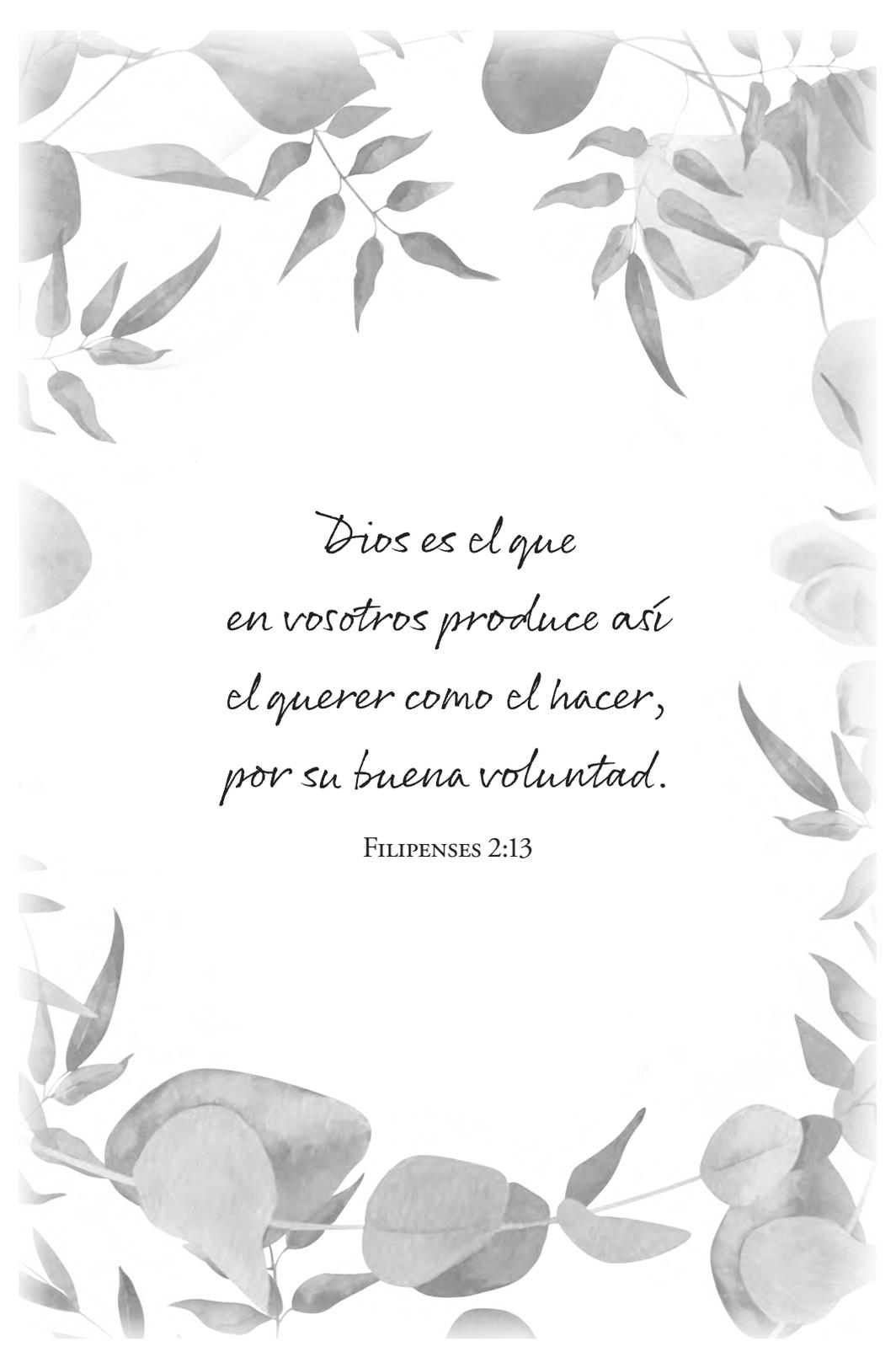
expresa “es lo que hay”. Y el segundo meme está lleno de ira y una actitud desafiante. Sí, mi actitud hacia mi propio hijo es de rabia e impaciencia, pero ¿y qué? Todo el mundo se siente así.

Nadie reconoce que la verdadera raíz del problema son nuestras propias tendencias pecaminosas como madres. Porque el verdadero problema no son nuestros días malos, nuestras hormonas o nuestras comprensibles respuestas de cansancio. ¿El verdadero culpable? Nuestra incapacidad de ser otra cosa que mediocres sin Cristo.

Claro que podemos sobrevivir un día, una semana, un mes o incluso un año en nuestras propias fuerzas, pero sin la obra del poder transformador de Cristo en nuestra vida, inevitablemente volveremos a caer en nuestros patrones de complacencia o ira. Porque, como señala Filipenses 2:13, “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. La más disciplinada de nosotras puede ser capaz de mantener una fachada de planificación y control la mayor parte del tiempo, pero la verdadera excelencia, la que proviene de una mente y un corazón renovados, solo fluye de la punzada del Espíritu Santo en nuestra conciencia y de lo que Efesios 5:26 describe como “el lavamiento del agua por la palabra”.

Yo experimenté tal punzada de conciencia cuando estaba con los malestares de cansancio y náuseas durante el primer trimestre de mi embarazo de Honor. Nos acercábamos a una boda familiar y esperaba encontrar el vestido adecuado para disimular mi incómoda figura de la que todos piensan “¿está embarazada o no?”. El vestido no me importaba tanto como lo daban a entender las horas que pasaba navegando por Internet. Era el momento de distraerme de las penurias de mi embarazo lo que ansiaba. Sabía que debía leer la Biblia con el mismo fervor con el que buscaba vestidos en oferta y que debía irme a la cama a una hora recomendable para tener la energía que necesitaban mi bebé y mis otros hijos. Sin embargo, insistía obstinadamente en mi derecho de “despejarme” cada noche después que los niños se hubieran ido a la cama. Aunque decía dentro de mí, a la defensiva, que ese era “mi tiempo” y que mi escapada mental nocturna no afectaba a nadie más, el Señor escudriñaba suavemente mi obstinado corazón. Me recordó que, aunque buscar precios para comprar





*Dios es el que
en vosotros produce así
el querer como el hacer,
por su buena voluntad.*

FILIPENSES 2:13

un vestido de fiesta no es ser mediocre, dedicarme a eso en detrimento de mi familia o de mi relación con Él sí lo es.

Estoy bastante segura de que la mayoría de las mamás embarazadas han compartido mis sentimientos de escapismo cargados de hormonas, al menos un poco. Entonces, ¿qué estoy proponiendo? Si sentirnos identificadas con otras madres es mediocridad (no siempre lo es, por cierto), ¿qué estamos llamadas a ser exactamente como madres? ¿Se trata de una especie de competencia para recibir elogios? ¿Estamos llamadas a ser una generación de madres luchadoras con el cabello perfecto (no), niños pulcros (¡no, qué va!) y momentos de quietud con el Señor dignos de Instagram (¡ja!)?

¿Te das cuenta de que mi respuesta es mil veces “no”?

Una semejanza sagrada

De hecho, en lugar de hacer de esto una cuestión de ser mejor o diferente de cualquier otra madre, estoy proponiendo que busquemos la conformidad, pero no la conformidad con nuestra norma cultural. Si eso es lo que buscamos, puede que descubramos que nos adaptamos muy bien y que siempre podemos encontrar a alguien que justifique nuestros defectos o que nos haga sentir mejor en nuestros días malos. Pero, al final de todo, no habremos descubierto que nos asemejamos mucho más a Jesús o que nos sentimos más en paz con nuestra función de madres. La única manera de lograr un cambio real —el que produce alegría y satisfacción duraderas— es buscar lo que Romanos 8:29 llama conformarnos a la imagen de Cristo.

Se supone que *todas* debemos ser como Cristo, una especie de semejanza sagrada que nos une en lugar de dividirnos. Los fundamentos para conformarnos a la imagen de Cristo son iguales para todas nosotras: el arrepentimiento, la salvación, las Escrituras, la oración, el amor al Señor nuestro Dios y el amor a nuestro prójimo como a nosotras mismas. Sin embargo, la forma particular en que expresamos nuestra devoción a Él será diferente para cada mamá, según su temperamento, trasfondo sociocultural, personalidad, recursos y dones.

En esta era digital, tenemos acceso a lo que *parece* ser un asiento en primera fila para observar la vida entera de otras personas: sus



personas: sus hijos, sus vacaciones, los libros que leen, la ropa que usan. Es tentador ver lo que hacen los demás y equivocarnos en uno u otro espectro de la comparación. O nos sentimos superiores cuando observamos que alguien tiene dificultades en un área en la que nosotras nos destacamos, o bien empezamos a dudar de nuestros propios dones cuando vemos a alguien a quien parece irle muy bien. Pensamos: “Yo no soy artística ni creativa. Así que no puedo ser una madre tan cautivadora como Willow. Mira todos los increíbles proyectos prácticos que hace con sus hijos”. O “No soy organizada como Susy. Seguro que mis hijos estarían mejor si tuviera más recipientes etiquetados en la despensa”.

Por supuesto, la verdad es que, aunque *todas* hemos sido creadas a imagen de Dios, en su gracia, Él nos ha concedido diferentes aspectos de su naturaleza, y ahí es donde termina la semejanza. Y ¡alabado sea el Señor por ello! El mundo sería un caos si todo se tratara de proyectos artísticos y nada de organización. Del mismo modo, sería un lugar muy aburrido si solo se hicieran etiquetas para recipientes y no se diera lugar al juego libre y creativo.

Es posible ser una madre excelente en Cristo a través de una infinidad de caminos bíblicamente sólidos. Es una noticia liberadora. No tenemos que ser esclavas de la cultura de las madres mediocres que dicen: “Hoy fui un desastre como madre. ¿Tú también?”. No tenemos que encontrar nuestra identidad en chocar los puños en solidaridad con otras madres igual de agotadas. Chocar los puños es genial y el agotamiento es real. Y no hay nada de malo en reconocer que es difícil y buscar aliento.



No tenemos que ser esclavas de la cultura de las madres mediocres que dicen: “Hoy fui un desastre como madre. ¿Tú también?”.

Sin embargo, cuando nuestro objetivo es nuestra validación en lugar de Cristo, al final nos hundimos en el fango del ego-centrismo y, con demasiada frecuencia, de la autocompasión. Jesús nos extiende la mano para ayudarnos a ser madres excelentes

y libres, al darnos la capacidad de intentar serlo a través de las fortalezas (y las debilidades) únicas con las que nos ha bendecido. La enseñanza bíblica sobre las madres nos anima a mirar fuera de nosotras mismas y prestar atención a nuestros hijos, nuestros hogares, nuestros maridos, nuestras amigas y nuestras comunidades en general, y encontrar maneras de superar la mediocridad y levantarnos el ánimo las unas a las otras en la búsqueda mutua (y, sin embargo, gloriosamente variada) de la rectitud.

Nota: Como madre ocupada, sé que muchas veces he leído un capítulo de un libro e incluso he estado de acuerdo con él, solo para sumergirme de inmediato en otra tarea sin procesar por completo lo que acabo de leer. Quería ofrecerte algo que ayudara a tu cerebro a seguir meditando en lo que has leído mientras sigues con tus responsabilidades diarias. Por eso, al final de cada capítulo, he incluido algunas conclusiones (denominadas “El reto”), algunos pasos a seguir, preguntas para la reflexión personal y una oración. Espero que estas herramientas te ayuden a asimilar la información y aplicarla a tu vida.



EL RETO

MADRE MEDIOCRE

Se regodea en las luchas, lo que le provoca ira o apatía prolongadas.

Ve a la comunidad como una fuente de autoafirmación.

Busca aprobación para ser mediocre.

MADRE EXCELENTE EN CRISTO

Reconoce sus dificultades, pero se apoya en el Señor para obtener fuerzas y dirección.

Ve a la comunidad como una fuente de aliento y sabiduría.

Busca “ser mejor madre” a través de Cristo.



PASOS A SEGUIR

- Memoriza y medita en Proverbios 11:14: “Donde no hay dirección sabia, caerá el pueblo; mas en la multitud de consejeros hay seguridad”.



- Haz una lista de tres mamás excelentes en Cristo a las que podrías acudir en busca de ayuda y orientación.
- Deja de seguir cuentas en las redes sociales que glorifiquen y den *glamour* a la insolencia, la desesperanza o la abdicación de la responsabilidad de ser madres.



PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

¿Estoy usando las Escrituras como mi norma para ser una madre excelente?

¿Me siento validada cuando veo a otras madres que luchan (y fallan) en las mismas áreas que yo?

¿Estoy dispuesta a hacer cambios en mi actitud y comportamiento cuando el Espíritu Santo me trae convicción de pecado?



ORACIÓN

Señor, gracias por dar sabiduría en abundancia y sin reproche a todos los que te la piden (Santiago 1:5). Ayúdanos a dirigirnos a ti cada día en cada área de nuestra vida, incluso en nuestra labor de madres, reconociendo que la conformidad a Cristo es infinitamente mejor que adaptarnos al mundo.

